



CAPÍTULO

I UN NUEVO HORIZONTE

Caer en aquel trance creativo y contemplar cómo toda su magia se desplegaba sobre la superficie del agrietado pergamino era un proceso tan placentero que siempre le hacía olvidar cualquier sensación ligada a su cuerpo, ya fuera hambre, sed o cansancio. En esos momentos todos sus sentidos se centraban en su preciada obra, la cual estaba ya muy cerca de ser culminada. Cuando uniera todas aquellas líneas entre sí y el dibujo fuera tomando forma, quizás alguien menos versado en su disciplina sólo apreciaría un extraño garabato sin sentido, algo parecido a una nube de bordes angulosos en vez de redondeados, y, en definitiva, nada de lo que sentirse orgulloso... Pero Erzais veía mucho más allá. Esos trazos eran la semilla de su arte, un arte que él mejor que nadie sabía que jamás acabaría decorando los salones de las más importantes y nobles familias de la ciudad de Savaadia, pero que sin duda era mucho más útil que un puñado de tristes retratos y paisajes colgados en fríos lienzos de tela.

No, no necesitaba el halago de grandes señores ni el oro de los mercaderes. El verdadero motivo por el que disfrutaba tanto de su trabajo no era otro que la sensación de paz, templanza y armonía que recorría todo su cuerpo. Para él, estar ahí sentado en mitad de la nada, poniendo en marcha su preciso y sofisticado talento, era lo que más feliz le hacía en todo el mundo. ¿Qué más podía desear?

Cuando dibujada, los dedos de su mano derecha se movían con voluntad propia. Mientras sujetaba el pequeño pincel a la altura de la férula, el fino haz de pelo sabeline bailaba con audacia describiendo sinuosas líneas oscuras sobre la superficie del papel, obligándole con cada



nuevo trazo a soplar con cuidado para que la tinta se secase y evitar así que pudiera extenderse. Nada más que aquellos dos acompasados movimientos le mantenían atado a la realidad, y es que todo cuanto existía para él era su preciado mapa, del que únicamente apartaría la mirada si tenía que echar un rápido vistazo al paisaje para comprobar que no erraba en sus cálculos y proporciones, algo que sólo ocurría muy de cuando en cuando...

Lentamente, el contorno del dibujo se fue definiendo hasta quedar completamente delimitado, y al contemplar los sólidos cimientos de su obra frente a sus ojos, el muchacho no pudo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción ante un trabajo bien hecho. Sintió entonces cómo todos los músculos de su cuerpo se destensaban mientras un pequeño hormigueo le recorría el antebrazo izquierdo hasta las yemas de los dedos, sin duda fruto de haber pasado las últimas horas inmóvil y sujetando el extremo inferior del pergamino, que había luchado por enrollarse sobre sí mismo en todo momento.

Dejó el mapa sobre la roca plana en la que reposaba y se incorporó lentamente, haciendo crujir sus articulaciones mientras se llevaba una mano a la nuca y se masajeaba suavemente la zona para liberarla de la tensión acumulada. Rebuscó entonces en el bolsillo interior de su jubón y sacó de él un pequeño pañuelo de algodón cuyo tono azulado permanecía oculto bajo las numerosas manchas de tinta oscura, pese a sus esfuerzos de días atrás por devolverlo a su color original en las orillas del río Varkauz. Colocó la punta del pincel sobre el trapo y presionó con fuerza desde la virola hasta la punta del haz de pelo. La tinta brotó empapando sus manos. Erzais dejó escapar un suspiro lastimoso cuando sintió cómo el líquido se escurría por debajo de la manga de la camisa y recorría su antebrazo hasta llegarle al codo. Sin darle mayor importancia, se agachó nuevamente para desenroscar el tapón de un pequeño frasco de cristal que contenía una sustancia transparente, parecida al agua, de la cual vertió una pequeña cantidad sobre las palmas de sus manos. Tras frotarse a conciencia se las secó con el dorso de su pantalón y, cuando consiguió limpiarse del todo, colocó dentro del frasquito la punta del pincel para después depositarlo sobre una piedra cercana con forma de escalón.

Con la intención de aliviar el entumecimiento que sentía, Erzais estiró los brazos y dio algunos pasos alrededor del conjunto de rocas que le había servido como improvisado lugar de trabajo. Mientras dibujaba su mente se liberaba completamente de su cuerpo, pero cuando volvían a encontrarse sus músculos sufrían el resultado de pasar varias horas en la misma posición.

Soplaba en esos momentos una brisa fresca que le resultó muy agradable, así que no perdió más tiempo y llenó sus pulmones de aire, dispues-

to a enfrentarse a la siguiente etapa de su obra. Aun sabiendo que lo más complicado ya estaba hecho, sintió cómo los nervios se agolpaban en su estómago al pensar que, una vez que le hubiera dado color, su nueva obra estaría más cerca de ser completada.

De nuevo sentado en el suelo, el joven acercó hacia sí el trozo de cuero curtido en el que guardaba las distintas ceras y pigmentos junto con la mayoría de sus utensilios de dibujo. Cada uno de los colores estaba separado del resto, colocado en su propio pliegue de piel sobre los cuales se habían cosido unos minúsculos pedazos de tela tintados con el color correspondiente para facilitar su identificación. Erzais introdujo sus dedos pulgar e índice dentro del pliegue ambarino y, con delicadeza, sacó la cera de dicha tonalidad. Su mano volvió a moverse con rapidez sobre el pergamino dejando tras de sí una estela amarillenta sobre toda la superficie. Después de soplar y sacudir los restos de cera, el color se había mezclado tanto con el propio blanco nacarado del papel que era prácticamente imperceptible. Devolvió el lápiz de cera a su pliegue y, tras limpiarse la yema de los dedos con el pañuelo, cogió el color violeta. Coloreó con él todos los llanos y claros del bosque, sus rebordes los marcó con color anaranjado, utilizó un tono cobrizo para las montañas, el azul celeste para el río y los lagos, eligió un color grisáceo para las ruinas... pero, sin duda, el que más utilizó fue el verde oscuro.

El Bosque de Magasorhys, allí donde Erzais se encontraba, ocupaba la mayor parte de la Bahía de Ranloras, extendiéndose de norte a sur por toda la costa este hasta el borde mismo de los acantilados de Reskdom y las playas de la Luna Azul. Sus lindes occidentales habían limitado una vez con la Cordillera de Vytoth, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora sus árboles ya habían devorado las montañas y seguían extendiéndose hacia el oeste como un implacable mar esmeralda, el cual, en una incesante marcha que duraba ya millares de años, había asimilado dentro de sí mismo varios ríos, algunos lagos de las tierras del norte, calas y montañas, así como numerosas aldeas y ciudades ahora ya, sin remedio, caídas en el olvido. Y es que, pese a todos los intentos que se habían llevado a cabo en tiempos pasados para detener el avance del Magasorhys, no se había encontrado ningún remedio lo suficientemente efectivo que lograra contener su lento pero constante fluir. Las talas masivas no funcionaban; los árboles cortados en una zona reaparecían de la noche a la mañana en algún otro punto de sus lindes, incluso cientos de leguas más allá, por lo que resultaba imposible ganarle terreno al bosque. Hasta se había intentado prenderle fuego en varias ocasiones, pero los resultados habían sido más que desastrosos

cuando, según se decía, espeluznantes tormentas se desataban sobre las llamas, impidiendo con su lluvia que los árboles resultaran dañados mientras que, a su vez, fuertes ráfagas de viento redirigían las llamas contra aquellos que las habían propagado.

Por todo esto, los Hombres de Antaño habían mencionado en sus escritos que el origen del bosque era cosa de magia y que estaba protegido por los mismísimos dioses. Esta creencia estaba muy extendida en Agheria, aunque los más eruditos del Reino aseguraban que tal desarrollo se debía a un suelo rico en sustratos, un clima propicio y abundantes semillas, rebatiendo con convicción y un gran número de ciencias abstractas todo argumento místico e inexplicable acerca del Magasorhys. Sea como fuere, la misteriosa naturaleza del bosque había sido el origen de un gran número de leyendas. Una de las más famosas historias era aquella que se contaba a los niños pequeños y que hablaba de gigantes que arrancaban árboles del corazón del bosque para, al arrullo de las sombras, replantarlos en sus lindes durante la noche. Estos gigantes, por supuesto, eran unos seres terribles de varios metros de altura, con manos duras como rocas y afilados dientes que disfrutaban devorando a los niños que desobedecían a sus padres y que se aventuraban en las profundidades del bosque sin permiso.

Las doncellas, por su parte, preferían la historia de Elisatha y Marcellus. Según esta fábula, la princesa Elisatha deseaba tener el más bello jardín del reino y por ello ordenó plantar, en singular disposición, las más delicadas y preciosas plantas que pudieran encontrar. Toda su corte se afanó en regalar a la joven princesa flores brillantes como diamantes, exóticos arbustos frutales y árboles recios e impresionantes. Cierta día, un humilde pastor llamado Marcellus fue a palacio con la intención de regalar a Elisatha un pequeño brote.

—Mi princesa, aquí os entrego la semilla de un árbol que crecerá fuerte y puro, como el amor que os profeso —le dijo.

Ante tales palabras, la corte de Elisatha comenzó a burlarse y a humillar al pobre pastor que osaba amar a una princesa, ridiculizando su regalo y sus sentimientos. Marcellus, abatido, abandonó el palacio y nunca más se volvió a saber de él. Sin embargo, la princesa se sintió conmovida ante tal gesto y plantó el pequeño brote con sus propias manos. Se cuenta que ése fue el origen del primer árbol del Magasorhys, un árbol que miles de años más tarde sigue creciendo en forma de bosque, al igual que el amor de Marcellus por Elisatha continúa creciendo eternamente en la distancia.

Así pues, casi todo el mundo tenía su propia teoría acerca del origen y la continua expansión del bosque. Algunas eran complejas y retorci-

das, otras, más simples y evidentes pero, a decir verdad, hacía ya mucho tiempo que a nadie le interesaba el Magasorhys. Su avance era lento y casi imperceptible en el transcurso de una vida humana, por lo que si llegara un día en el que amenazara con tragarse todo el continente, ese día quedaba aún demasiado lejos como para andar preocupándose por unos árboles más en el horizonte. No obstante, seguían siendo muy numerosas las leyendas que hablaban de los seres y monstruos que habitaban las profundidades del bosque, de sus numerosas ruinas encantadas y castillos olvidados, de ejércitos de espectros o de tribus salvajes de hombres-bestia que asaltaban a todos los incautos que se atrevían a internarse demasiado en sus dominios. Todas estas historias hacían del bosque un lugar a evitar a toda costa por aquellos viajeros que hacían de los caminos su hogar, pero a Erzais ninguno de esos cuentos le había preocupado lo más mínimo cuando comenzó su andadura por aquel inhóspito paraje. Llevaba casi cuatro meses vagando entre sus árboles y no se había encontrado con ningún gigante, espectro u hombre-bestia. Ni tan siquiera había podido divisar el jardín olvidado de Elisatha. Y es que tampoco esperaba encontrar nada más allá de lo que pudiera haber en cualquier otro bosque de Agheria. A lo largo de sus frecuentes viajes, Erzais había estado en lugares sobre los que circulaban leyendas más oscuras que las del Magasorhys y sus experiencias de entonces le habían confirmado que la realidad nunca superaba a la ficción.

Dos años atrás, había visitado el Valle Prohibido de Jamuka, donde, según los lugareños, habitaba una hidra gigantesca de siete cabezas que había acabado con la vida de varios viajeros. Sin embargo, allí lo único que encontró fue un asentamiento de Fatalis, un tipo de serpiente famosa por las grandes dimensiones que podía llegar a alcanzar, pero entre todos los reptiles que vio no descubrió ninguno que tuviera más de una cabeza. Y cómo olvidar al temido Gigante de Gebrén, un ser gigantesco, con una voz desgarradora y cubierto de pieles, que habitaba en las cercanías del Monte Enepo y que resultó no ser más que un oso con cierta inclinación a pasearse erguido sobre sus patas traseras. Por estos y otros motivos, Erzais siempre había considerado todas estas leyendas e historias como simples habladurías y cuentos de cuna para asustar a los niños. Tan sólo en una ocasión, durante su fallido intento de cartografiar Las Brumas de Mossel, había sido testigo de algo completamente inexplicable cuyo extraño recuerdo le seguía persiguiendo incluso a día de hoy, pero se había prometido a sí mismo que volvería a aquella tierra para terminar su trabajo y, hasta entonces, prefería no pensar demasiado en lo ocurrido durante aquel viaje.

Aún no se había encontrado con ningún monstruo en el Magasorhys, y aunque eso era en parte un alivio, hubiera deseado poder decir lo mismo de los lobos, de quienes el bosque sí parecía estar infectado. La mayoría de ellos solían cazar en la orilla oeste del río Varkauz y por lo general no se atrevían a cruzarlo para aventurarse mucho más allá. O, al menos, eso era lo que a Erzais le había gustado pensar. Recordaba aquella noche a la perfección puesto que a partir de ese momento todo se había empezado a torcer para él. Dos lunas habían pasado ya desde que acampó en la ladera de un pequeño cerro buscando resguardo contra el viento helado que soplabla desde el norte. Aunque había encontrado un recodo que le aislaba en parte de las bajas temperaturas, Erzais no tuvo más remedio que dormir junto a Brezno, lo cual terminó siendo toda una suerte para el animal. Cualquiera otro día lo hubiera dejado atado a un árbol lejos de él, dado que era un caballo miedoso y el más leve movimiento en las sombras le asustaba haciéndole relinchar de forma salvaje, pero el inaudito frío que se había desatado a lo largo de ese día le aconsejó aprovechar todas las fuentes de calor de las que dispusiera, incluyendo al asustadizo jamelgo. Si esa fría noche hubiesen dormido separados, como solían hacer, a la mañana siguiente se habría llevado una desagradable sorpresa. Gracias a las constantes sacudidas nocturnas del animal, Erzais no pudo pegar ojo en toda noche y fue consciente del peligro que corrían al advertir cómo unos ojos rojizos los observaban en la distancia. Aquel lobo se acercaba sigiloso, acechando y esperando la menor oportunidad para hundir sus afilados dientes en la garganta de Brezno, así que Erzais fingió estar dormido mientras su mano se deslizaba hacia la empuñadura de la espada. Cuando sintió que la tierra vibraba levemente supo que debía actuar y al incorporarse vio cómo la bestia avanzaba hacia ellos a toda velocidad, con una larga y húmeda lengua colgando entre sus fauces abiertas y los ojos inyectados en sangre.

Espada en mano, Erzais interceptó al depredador en el momento en que éste saltaba hacia ellos, clavándole con fuerza el filo en el cuello hasta que le atravesó limpiamente la garganta y acabó saliendo por la nuca. Cuando consiguió recuperar el aliento y observó el cuerpo inerte de la bestia, dio gracias a Yain porque tan sólo fuera un lobo viejo y lo suficientemente estúpido como para separarse de la manada con el fin de saborear carne de caballo y, probablemente, de jinete. Si Erzais se hubiera encontrado con un grupo completo no habría tenido más opción que subir a lo más alto de algún árbol cercano y dejar al pobre Brezno a su suerte. Aun así, acabar con el lobo fue la parte más fácil de la noche; lo verdaderamente complicado resultó ser acercarse después al desbocado caballo e intentar tranquilizar-

lo bajo una lluvia de coces y mordiscos. Desde aquel día, el aullar de los lobos ponía muy nervioso a Brezno, y, aunque sus lamentos a la luz de la luna se escucharan a más de una legua de distancia, el caballo no conseguía tranquilizarse en lo que restaba de noche. Erzais, por lo tanto, tampoco podía conciliar el sueño ya que no se atrevía a dejar solo al animal después de aquel incidente, quedando así su descanso a merced del humor del caballo. Todas las noches suplicaba para que los lobos no aullaran, pero la mayoría de las veces sus plegarias no eran escuchadas y tenía que soportar el desconcertante piafar de Brezno.

El cansancio continuado, pues, estaba haciendo mella lentamente en él, y con el invierno llegando en escasos días, el Bosque de Magasorhys podía ser el lugar más inhóspito del mundo. Durante el final del otoño, las lluvias eran cada vez más frecuentes y el viento traía consigo todo el frío que conseguía arrastrar desde las nevadas cumbres de la Cordillera de Usamber. A su vez, la comida de la que disponía había comenzado a escasear, y para acallar el hambre, había tenido que recurrir a los frutos de los árboles y a la carne que obtuviera de cualquier animal que pudiera cazar, básicamente ranas, pájaros y alguna que otra liebre despistada. La situación se estaba volviendo cada vez más complicada, y si no hubiera visto el mar diez días atrás, habría tomado ya rumbo suroeste bordeando las montañas en busca de un paso entre ellas que le condujera de nuevo a la civilización y a todas las comodidades que tanto echaba de menos: comida, baños de agua caliente, camas mullidas y un buen trago de vino ácido. Sin embargo, aquella lejana vista de la inmensidad del mar le había hecho recuperar las fuerzas y alejarse de los senderos más despejados para internarse de nuevo en la maraña de árboles, ramas y hojarasca. Apenas lo había divisado durante un fugaz instante pero aquel nuevo horizonte en el que océano y bosque confluían en una batalla de destellos azules y verdes le hizo olvidar su cansancio. Por fin había contemplado aquel mismo mar que le despidió varios meses atrás cuando iniciaba su periplo a través del Magasorhys, y aquella visión fue suficiente para recordar que, más allá de los lindes del bosque, todo un mundo le esperaba a su regreso.

No habría sabido decir cuánto tiempo transcurrió desde que comenzara a dibujar en aquella fría tarde de finales de otoño. Había estado tanto tiempo inmerso en la composición de aquellos trazos que apenas conseguía recordar con claridad dónde había estado o qué había hecho durante los últimos tres días. No obstante, era todo un alivio comprobar que, desde allí donde se encontraba sentado, sólo necesitaba echar la vista atrás para divisar el pequeño valle triangular que discurría entre aquellas tres escar-

padas montañas y que hasta hacía poco le había servido de improvisado cobijo. En el centro de dicho valle se alzaba una arboleda de robles y fresnos que ocultaban bajo sus copas los restos de lo que en su día habría sido un imponente torreón. Aunque ahora no era más que un montón de piedras cubiertas de hiedra y musgo, la disposición de los cimientos y la robustez de la única pared que aún quedaba en pie indicaban que en otro tiempo se habría tratado de una construcción majestuosa, que quizás hubiera llegado a medir más de doscientas yardas. Aquel tipo de edificaciones eran muy frecuentes en el bosque. Erzais había contado una docena de ruinas similares desde que comenzó su viaje y otras tantas había avistado desde las alturas de riscos y montañas. Lo único que le llamó verdaderamente la atención de aquella era que aún conservaba en pie una de las murallas. Con unas cinco varas de largo y dos de ancho, habría sido testigo de numerosas batallas libradas frente a ella, manteniéndose siempre erguida e imponente ante todos sus enemigos, para acabar, sin embargo, sucumbiendo ante el paso del tiempo y el incansable envite del Magasorhys.

El recuerdo de aquella muralla hizo que, durante unos instantes, el joven se detuviera a pensar en todas las ciudades que habían sido absorbidas por los árboles del bosque. Las leyendas siempre hablaban de la ciudadela de Maddhi Laus, una fortificación que resistió varios años de asedio durante la Guerra Dorada, y de Embia, la capital real donde se dice que habitó la princesa Elisatha. También era conocida la historia de la Aldea Renacida, una pequeña villa que se había asentado en las lindes del bosque y cuyos habitantes debían demoler sus casas para reconstruirlas nuevamente algunas leguas más al sur y escapar así del inexorable avance de los árboles. Algunos incluso decían que cuando dicha aldea quedó atrapada entre la desembocadura del río Varkauz, el mar y el propio bosque, cansada de huir, creció hasta convertirse en la actual ciudad de Zornell, que se levantaba entre los árboles, las rocas y los islotes de tan singular emplazamiento. Zornell parecía haber sido la única ciudad que acabó por plantarle cara al Magasorhys mientras que todas las demás fueron devoradas en silencio. Era triste comprobar el olvido en el que la mayoría de ellas se había dejado caer, tal y como demostraban las ruinas de aquel antiguo torreón que, pese a todo, le habían proporcionado cobijo cuando el viento se filtraba entre las montañas y azotaba el valle.

Había pasado unos días acampando bajo su sombra y disfrutando de la tranquilidad que le ofrecía tal apartado rincón. En aquel lugar no se oía el aullar de los lobos que se encontraban mucho más al norte, y por primera vez desde hacía casi dos meses, había conseguido conciliar el sueño

durante más de tres horas seguidas. Su estancia allí se acabó convirtiendo en una dulce rutina de la que llegó a disfrutar: con las primeras luces del alba montaba sobre Brezno y cabalgaba hacia la montaña situada más al sur, mientras que cuando el ocaso tomaba el cielo volvía a las ruinas para descansar y pasar la noche.

Abrir un camino entre la maleza virgen de la ladera le llevó dos días enteros, y subir la escarpada colina intentando evitar que Brezno se partiera una pata contra las rocas, otros dos días más. Para entonces ya se había hecho a la idea de que no podría volver a las ruinas del valle y que, por tanto, tendría que lidiar de nuevo con la dureza de las noches en vela junto a su fiel compañero a la intemperie. Había sido un viaje agotador, sin duda, pero tuvo su recompensa con creces cuando coronó la cima y divisó nuevamente el Mar del Sur. Al fin, tras tantas leguas recorridas, estaba a punto de culminar su tarea.

«Azul turquesa para el mar». La cera recorrió con mimo el contorno del litoral dibujado en el mapa, simulando con el trazo el movimiento de las olas. Cuando terminó su faena y guardó en el cuero este último color, desplegó el mapa ante sí y contempló el Bosque de Magasorhys en todo su esplendor. Hasta el más mínimo detalle estaba dibujado en él: los claros más diminutos, los lagos más recónditos, todas las ruinas y montañas, el cauce del río Varkauz, sus cascadas y afluentes... Y lo más importante de todo, el Árbol Negro.

Una sensación indescriptible recorrió todo su cuerpo. Dudaba entre echarse a reír de satisfacción o dejar que la emoción se apoderase de él y sollozar como un crío. Finalmente no hizo ninguna de las dos cosas puesto que, aunque ya se contemplara el mar, todavía quedaban varias leguas de bosque hacia el sur. No era necesario explorar aquella zona puesto que discurría junto a uno de los afluentes navegables del río Varkauz. Las gentes de Paelang y Zornell solían recorrerlo para pescar en sus aguas y había senderos bien delimitados y mapas más que suficientes de esa zona como para andar perdiendo el tiempo en dibujar uno nuevo. Aun así, hasta que no consiguiera escapar del asfixiante y húmedo abrazo de los árboles del Magasorhys no daría por concluida su misión.

El joven enroscó con cuidado el pergamino y lo dobló por la mitad varias veces hasta que acabó siendo lo suficientemente pequeño como para caber en el bolsillo de su jubón. La prenda estaba tan ceñida que podía sentir el papel apretado contra el pecho y esto le daba mayor seguridad. Del mismo modo, enrolló la piel curtida donde guardaba las ceras hasta hacerla un ovillo y ató a cada uno de los extremos unos finos, aunque resistentes,

lazos de cuero para evitar que el material saliera despedido con el vaivén del camino. Esta vez se incorporó de un salto y los huesos volvieron a crujiarle. Al dolor del cuello se había sumado el de la pierna derecha, ambas partes muy tensas y doloridas, pero lo cierto era que en aquellos momentos se trataba de una sensación más que dulce. De una zancada se situó frente a la piedra con forma de escalón donde había dejado reposar el frasquito. Entonces comprobó cómo la tinta del pincel se había separado del haz de pelo por completo y el líquido transparente había hecho que ésta se asentara en el fondo del recipiente. Cuando sacó el pincel lo sacudió con fuerza para liberarlo de los restos de tinta que aún pudiera tener y, tras pasarlo nuevamente por el trapo y comprobar que no manchaba, lo guardó en un estuche largo que le colgaba del cinturón. La brújula, que había estado en todo momento a su lado mientras dibujaba, la guardó en otro estuche más pequeño. Después de recoger la piel de las ceras, giró sobre sí mismo para comprobar que no dejaba nada en los alrededores. Con una amplia sonrisa, echó un último vistazo al paisaje y luego se dirigió hacia Brezno silbando una alegre melodía improvisada. El caballo estaba intentando arrancar con cierta dificultad unos hierbajos que crecían entre las rocas y con sus patas delanteras golpeaba el suelo ante sus inútiles esfuerzos.

—¡Alégrate, idiota! —le gritó Erzais entre risas cuando estuvo junto al animal—. En menos de una semana estarás comiendo el mejor heno que puedas imaginar en un confortable establo de Paelang...

El joven no había albergado esperanza alguna de que Brezno le entendiera pero tampoco había sido su intención asustarle como, al parecer, había hecho. Cuando al cabo del rato consiguió tranquilizarle entre susurros y caricias, introdujo sus utensilios de dibujo en uno de los fardos que colgaban a los lados de la silla a la vez que sacaba de otro de ellos una amplia capa de piel de nutria y se la colocaba sobre los hombros. Aun habiendo estado absorto en su obra durante toda la tarde, al ver el tono grisáceo del cielo y sentir la brisa que soplaba, Erzais pudo prever que las nubes amenazaban con tormenta para esa misma noche y llevando consigo el recién completado mapa del Magasorhys no quería arriesgarse a que una sola gota de agua cayera sobre su preciada obra. Cuando se hubo ajustado la capa impermeable alrededor del cuello, saltó sobre la grupa de Brezno y le espoleó para que comenzara el descenso por aquel empinado sendero.

Conforme fueron avanzando senda abajo, a Erzais no le pasó inadvertido el hecho de que el camino que recorrían pareciera estar claramente tallado sobre las rocas y hasta de vez en cuando le parecía ver la forma de escalones bajo las patas de Brezno. Por allí habrían ascendido los Hombres



de Antaño hasta coronar el sur del bosque, siendo una verdadera lástima que no hubiera una senda parecida al otro lado que le hubiese ahorrado los cuatro días que perdió en abrir un camino entre la maleza y escalar aquellas cuestas imposibles junto con Brezno. Sin duda, el Magasorhys parecía haberse ensañado con las Ruinas del Valle de Latheria, tal y como las había bautizado él mismo. *Lather* significaba ‘muralla’ en antiguo derio, un idioma arcaico largo tiempo olvidado.

Ésa era una de las ventajas de viajar por lugares que nunca antes nadie se había atrevido a explorar. Él era el descubridor y, por lo tanto, tenía el derecho de ponerle el nombre que quisiera a cualquier montaña, río, valle o ruina. Normalmente escogía nombres fáciles de recordar pero a veces le gustaba nombrarlos con palabras en idiomas antiguos o extranjeros siendo, de entre todos los que conocía, el derio su favorito. Muy pocos manejaban esa lengua a día de hoy a pesar de que era un lenguaje tan sonoro y vívido que parecía darle entidad propia a los lugares que nombraba. A Erzais le gustaba pensar que cuando ponía nombre a estos lugares desconocidos u olvidados por el paso del tiempo, él mismo se perpetuaba junto con ellos. O, al menos, durante el tiempo que la gente usara sus mapas...

El sol había comenzado ya a ponerse y las temperaturas lo acompañaban en su descenso. Rebuscó entonces en el fardo de su derecha y sacó de él un par de guantes de cuero que hacían juego con su jubón negro. Se los ajustó a conciencia entre los dedos y tiró de ellos hacia atrás hasta colocarlos por encima de las mangas de la camisa de hilo blanco. La fina coraza de cuero relleno de plumas de oca que llevaba debajo de ésta le protegía en parte del frío que empezaba a sentir y de las pequeñas rachas de viento que corrían ladera abajo, que además de agitar su ya de por sí indómito cabello castaño, presagiaban una noche difícil. Apremió a Brezno todo lo que pudo para que la oscuridad no cayera sobre ellos en mitad del descenso, pero fue en vano. El viento empezó a soplar con más y más fuerza a medida que la noche les alcanzaba y, a su vez, el cielo se fue cubriendo completamente por un manto de amenazantes nubes negras. No quedó rastro alguno de la luna o las estrellas y, sin embargo, cuando el sol abandonó definitivamente aquellas latitudes se reveló una noche particularmente luminosa. Erzais supuso que en realidad el día había sido demasiado oscuro y sus ojos se habían acostumbrado a la falta de luz, lo cual no era algo muy sorprendente ya que aquello había sido una constante durante todo su viaje. En las zonas más profundas del Magasorhys, la espesura de las copas de los árboles no permitía que se filtrara ningún rayo de sol y, en más de una ocasión, no habría podido decir si era de día o de noche de no ser por el pequeño reloj de bolsillo que llevaba consigo.

Cuando el cielo se iluminó durante unos instantes con un fuerte resplandor, Erzais presenció un espectáculo horrendo. El cúmulo de árboles hacia los que se dirigían parecían danzar movidos por el viento, llenando a su vez el aire de todo tipo de crujidos y susurros. El primer trueno resonó con fuerza segundos después y Brezno relincho en contestación. Para cuando llegaron bajo la copa de los primeros árboles hacía ya largo rato que una leve llovizna les acompañaba y, al abandonar la ladera de la montaña, pequeñas y brillantes gotas de agua recorrían el pelaje del caballo haciéndole parecer como si estuviera cubierto por un manto de diminutos diamantes. Para su sorpresa, el animal estaba manteniendo el control bajo la tenebrosa tormenta que acababa de sorprenderlos y, por primera vez, Erzais pensó que el pobre Brezno podría tener algún valor.

A su partida le habían dado a elegir el caballo que quisiera, lo recordaba muy bien. En el establo había majestuosas yeguas de color azabache, castrados de crin roja, ligeros sementales nacarados... Según le había dicho el mozo de cuadras, todos ellos eran veloces como el viento y obedientes como ovejas. Pero para explorar el Bosque de Magasorhys, Erzais no necesitaba un caballo veloz sino uno resistente, capaz de cargar con todos sus bultos durante largas jornadas entre la humedad asfixiante de los árboles y los caminos traicioneros de las montañas. Aquel mozo le había dicho que Brezno era su mejor caballo de tiro y, en parte, había tenido razón. No había forma de cansar al animal y en ese sentido su elección había sido todo un acierto, pero en todo lo demás era un constante dolor de cabeza.

Brioso pero demasiado asustadizo, así era cómo lo veía Erzais. Marrón como la tierra, salpicado de blanco en el hocico y las patas, de grandes proporciones y buena musculatura. Toda una joya a simple vista, pero seguro que aquel mozo aún se estaría riendo de él. Raro era el día en que el caballo no se desbocara por una u otra razón. Pero eso no era lo peor. Cuando tocaba guiarlo tirando de sus riendas, a veces se plantaba y se negaba a andar durante varios minutos. En muchas otras ocasiones había espantado la caza con sus inoportunos relinchos, y por eso, cuando el hambre atroz había hecho presa de Erzais, le había tentado la idea de dar buena cuenta de su compañero de viaje, tal y como había pretendido hacer aquel lobo, pero lo necesitaba para cargar con la espada, la ropa de abrigo, las hierbas e ungüentos para tratar heridas, sus útiles de dibujo y la comida. Y es que a pesar de todos esos inconvenientes, había terminado por cogerle cierto cariño, sobre todo cuando demostraba un comportamiento obediente tal y como había ocurrido durante los días que habían pasado en el Valle de

Latheria. Sin embargo la lluvia le disgustaba y Erzais notaba cómo a medida que la tormenta se hacía más fuerte, Brezno se ponía cada vez más nervioso.

Ya inmersos en la arboleda, Erzais levantó la mirada y suspiró desanimado. Dada la cercanía de los árboles entre sí y la frondosidad de sus copas, había esperado cierto cobijo entre ellos hasta que encontrara un lugar apropiado donde pasar el resto de la noche. Pero llegó un momento en que la furia de la tormenta era tan terrible que no había lugar donde estar a salvo de la lluvia. En escasos minutos, la potencia y la violencia del viento y el agua se habían multiplicado, así como los truenos y relámpagos que llenaban el bosque con un intermitente resplandor fantasmagórico y ensordecedores estruendos. Pese a que había sufrido varias tormentas durante su exploración del bosque, el joven nunca había visto un diluvio como aquél. Su visibilidad se vio reducida hasta apenas unos pocos pasos más allá y todo lo demás era una gigantesca cortina de agua. La tierra se encharcó rápidamente y Brezno tropezaba con frecuencia con las raíces y agujeros del terreno, que quedaban ocultos por el fango. Con cada trueno el caballo se incorporaba sobre sus patas traseras y dejaba escapar un bufido de terror y en más de una ocasión estuvo a punto de dejar caer a Erzais, que se asía con fuerza a las riendas mientras intentaba mantener la capa de piel de nutria lo más ceñida posible sobre su pecho.

«Desde aquí hasta el paso de Dalhia sólo hay árboles, ningún lugar donde guarecerse —pensó mientras se apartaba el pelo mojado del rostro—. Y la tormenta no parece que vaya a amainar en todo lo que queda de noche...».

Sacudió las riendas para que Brezno se girara y volviera hacia la montaña, lo cual le llevó varios intentos. Subir aquel empinado sendero bajo el aguacero sería imposible, pero Erzais pensó que quizás bordeando la montaña por la zona sur encontrarían un risco o saliente que les protegiera de la tormenta. El joven estaba ya prácticamente empapado, y pese a la capa de piel impermeable, el agua ya empezaba a escurrírsele por la espalda. Temió por su mapa puesto que si su obra llegaba a mojarse quedaría seriamente dañada y los últimos cuatro meses vagando en el bosque no habrían servido para nada. Entre maldiciones silenciadas por el sonido de la pesada lluvia y los potentes estruendos, espoleó al caballo para que se diera más prisa pero éste no le hizo el más mínimo caso. Tan sólo los truenos parecían infundir cierto ritmo en el avance del animal. Y es que Brezno parecía tan nervioso como el propio jinete, y cabalgara al ritmo que cabalgara, Erzais no parecía contentarse. Si iba demasiado lento, dejaba al joven indefenso bajo la lluvia, pero si aumentaba el paso, golpeaba los charcos con tanta fuerza que el agua le llegaba hasta el rostro.

Cuando finalmente consiguieron llegar al pie de la montaña, el cielo se llenó inmediatamente de un sinfín de rayos. Caían sobre el bosque a suficiente distancia, pero el resplandor que emitían en la oscuridad y el posterior estruendo resultaban escalofriantes, casi sobrenatural. En las nubes, los rayos rugían entre ellos como serpientes siseantes a la espera de su turno, a la espera de precipitarse sobre la tierra y hacerla temblar con su poder. Hasta Erzais estaba asustado ante tal despliegue de luz, sonido, viento y agua.

Quisiera o no, ahora Brezno corría a galope tendido en dirección este, bordeando la montaña. El joven apenas tuvo tiempo de comprobar la cornisa de piedra en busca de un lugar donde refugiarse cuando el cielo se iluminó de nuevo y esta vez el rayo cayó a menos de doscientas yardas de distancia. Brezno echaba espuma por la boca y Erzais notaba cómo temblaba violentamente entre sus piernas. La desesperación de ambos se hizo patente cuando descubrieron que el camino por el que viajaban se encontraba intransitable por el agua. Uno de los afluentes del río Varkauz cruzaba demasiado cerca de la montaña, y aunque el joven sabía que discurría a más de media legua al sur de donde se encontraban, se había desbordado de tal forma que el suelo era un gigantesco lodazal, impracticable para hombre o bestia. Brezno relinchó con fuerza al ver la ciénaga en que se estaba convirtiendo el sendero, dejó de galopar frenando en seco y Erzais estuvo nuevamente a punto de caer. Tenía la sensación de que el caballo ya no era dueño de sí mismo y que había olvidado que llevaba encima a un jinete.

—¡Calma, Brezno! —gritaba continuamente Erzais a la vez que le daba suaves palmadas sobre el cuello. No obstante, parecía que la lluvia se llevara su voz y el caballo no oyera nada. Se limitaba a relinchar y a saltar sobre sus patas traseras, como si fuera a lanzarse sobre el lodazal de un momento a otro.

Erzais no supo muy bien qué hacer. Aquel camino no era una opción viable así que intentó que el caballo diera la vuelta para volver nuevamente por donde habían venido. Ni siquiera tuvo tiempo de tirar de las riendas. El siguiente trueno fue el mayor de todos. El estruendo sonó a escasos treinta pasos de ellos, la montaña rugió como consecuencia del impacto y un montón de piedras volaron por los aires. El resplandor cegó a Erzais durante unos instantes y no pudo ver nada más. Brezno se encabritó salvajemente de forma que lo tiró de la silla. Erzais fue a caer de espaldas sobre el fango. La tierra empapada amortiguó su caída pero también le cubrió de arriba a abajo. Pese a la complicada situación, el único pensamiento del joven fue para su mapa. Cuando recuperó el aliento apoyó las manos sobre el lodo y se incorporó a tiempo para ver al animal desaparecer entre las sombras a galope tendido.

—¡Brezno! —gritó en vano—. ¡Vuelve aquí, caballo estúpido! — Como respuesta sólo obtuvo otro resplandor y su correspondiente trueno. Aunque por suerte aquella vez volvía a sonar bastante lejos—. ¡Brezno! —gritó sin esperanza mientras sentía cómo la lluvia caía violentamente sobre él.

Dio un paso hacia adelante y su pierna se hundió en el fango hasta la rodilla. Tras varios instantes de forcejeo que le parecieron eternos, consiguió liberarse de aquella trampa de tierra y agua, y avanzó gateando un buen trecho hasta que estuvo seguro de que el pantanal quedaba bien lejos de él. Se puso en pie y se sacudió todo el barro que pudo. Sentía un dolor punzante en el muslo derecho y al ir a comprobar qué producía tal sensación, descubrió alarmado que de su pierna sobresalía el extremo de algo. No sabía cuándo había sido, probablemente durante la caída, pero se había clavado la punta de una rama quebrada y notaba cómo la sangre se extendía bajo los pantalones de lana y cuero. Palpó el extremo de la rama y tiró con fuerza, ahogando un grito. Se la arrancó de forma limpia y notó cómo un ardiente escozor le recorría toda la pierna. Dejó escapar un alarido de dolor en consecuencia.

Desorientado y herido, fue tanteando en la oscuridad hasta que sus dedos hallaron la pared de piedra que se encontraba a su derecha y consiguió apoyarse en ella. Avanzó cojeando unos pasos hasta que encontró en su camino una roca pequeña medio sepultada en el barro que le hizo caer nuevamente al suelo. Notó el sabor del fango en la boca y un fuerte escozor en la pierna. Erzais estaba exhausto y, de no recordar que llevaba el mapa guardado en el bolsillo del pecho, se habría quedado allí mismo a dormir. Sacando fuerzas de flaqueza, consiguió incorporarse y sentarse apoyando la espalda contra la pared. Suspiraba pesadamente y el agua, ahora acompañada del frío, empezaba a calarle hasta los huesos.

Afortunadamente, los rayos parecían haber pasado de largo y la lluvia, aunque seguía cayendo intensamente, no azotaba ya de forma tan salvaje como minutos atrás. Pensó que aquella noche la iba a pasar a la intemperie y bajo la tormenta, así que intentó acomodarse como mejor pudo. Se desabrochó la capa de piel de nutria y se la echó por encima de la cabeza como si fuera una manta. Al menos así tendría un ‘techo’ en el que resguardarse de la lluvia. Cuando se aseguró de que la capa dejaba de gotear, reunió el valor suficiente para llevarse la mano al pecho y comprobar en qué estado había quedado el mapa del Magasorhys tras su viaje por lodo y agua, pero se detuvo cuando vio algo que le llamó la atención. Un poco más adelante, junto a la pared de piedra, brillaba un extraño haz luminoso. Tuvo que frotarse los ojos para autoconvencerse de que aquello no era una visión fruto

del cansancio, pero instantes después ya no le cabía duda alguna. A unos diez pasos de distancia parecía brotar luz del interior de la montaña y, por el movimiento titilante, dedujo que se trataba de una hoguera. ¿Sería posible que con la lluvia y el desbocamiento de Brezno hubiera pasado por alto una gruta? Un sinfín de pensamientos se agolparon en su cabeza. Se preguntó quién habría podido encender aquella hoguera... Quizás fuera un montaraz extraviado o un grupo de pescadores de Paelang lo suficientemente osado como para pescar en aquel afluente del Varkauz, aunque también podría ser un grupo de bandidos que hubiera hecho del bosque su guarida. A decir verdad, Erzais no sabía hasta qué punto sería juicioso acercarse a comprobarlo por sí mismo.

Bastante rato pasó dubitativo sobre lo que debía hacer hasta que finalmente el frío, la lluvia y la curiosidad le hicieron levantarse lentamente. Retiró la capa de piel y la dobló sobre su brazo. Avanzó de la forma más sigilosa que le fue posible hasta colocarse a escasos pasos de la entrada a la gruta. Los bordes de la boca de piedra estaban ennegrecidos y chamuscados. Alrededor de la abertura había un montón de piedras y rocas esparcidas, algunas de ellas aún humeantes.

«Ha sido el rayo —pensó—. Uno tan fuerte que ha derretido la roca...». Aquella sola idea no dejaba de inquietarle y reparó en lo afortunado que había sido al salir ileso frente al poder destructivo que la tormenta había desatado, pero pronto sus pensamientos se volvieron más afables. Casi podía sentir el calor que desprendía la hoguera un poco más allá de donde se encontraba. Hizo un ademán de llevarse la mano a la espada, ya que toda precaución era poca en aquella situación, pero al no encontrarla en su cinto recordó que el estúpido de Brezno se la había llevado consigo, junto con la comida, las mantas y sus útiles para pintar. Lo maldijo nuevamente entre dientes y suspiró hondo antes de encararse con lo que hubiera dentro de la cueva. Sin darse tiempo a pensarlo de nuevo, dio un paso al frente y se adentró.

La cueva tenía unas cinco varas de profundidad y tres de anchura. Bien vista, resultaba imposible pensar que un rayo hubiera hecho tal cosa. Tras dar unos pasos, descubrió sorprendido que la hoguera que ardía en mitad de la gruta estaba suspendida en el aire. Se trataba de una lumbre compacta, del tamaño de una manzana, que emitía unas llamas azuladas. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado al resplandor del fuego, pudo distinguir algo más. Fue entonces cuando la vio por primera vez.

En la pared más profunda de la cueva, Erzais distinguió a una mujer. Estaba sentada en el suelo abrazando sus piernas con los brazos. Iba vestida de forma peculiar pues parecía llevar un vestido largo de seda color esmeral-

da. La falda estaba hecha jirones y sobre el estrecho corpiño unos tirantes le recorrían los hombros desnudos perdiéndose detrás de su espalda. Una hermosa gargantilla, decorada con un zafiro del tamaño de un pulgar, le adornaba el cuello, y a partir de los destellos que emitía la cadena, Erzais pensó que podría ser de oro puro. Su cabello pelirrojo estaba empapado y pegado contra el rostro impidiéndole contemplar sus facciones. Las llamas azuladas arrancaban destellos a todos esos colores, que relucían sobre la blanquecina piel de la joven, en un baile de brillos dorados, rojizos y esmeraldas. Por su aspecto, Erzais calculó que tendría una edad parecida a la suya. No llegaría a la treintena pero había dejado la niñez atrás hacía tiempo y, con aquel elegante vestido, parecía como si la joven hubiese saltado por el balcón en mitad de una opulenta fiesta de Savaadia y hubiera acabado en el Bosque de Magasorhys por error. En susurros, la joven lloriqueaba y tiritaba de frío. Erzais no sabía si se había percatado de su presencia así que dio un paso al frente, al mismo tiempo que ella se acurrucaba con más fuerza sobre sí misma. Tenía miles de preguntas que hacerle, pero no fue hasta que vio sus manos cuando se atrevió a hablar.

—Mi señora... —su voz titubeaba y no supo continuar. La joven ni siquiera se había inmutado al oírlo. Dio otro paso al frente y ella volvió a encogerse con más fuerza contra la pared. Erzais levantó instintivamente las manos para que la joven no tuviera miedo—. Mi señora... —volvió a mirar las palmas de sus manos. Las tenía completamente quemadas y una costra negruzca le recorría los dedos. Las llagas aún supuraban sangre—. ¿Os encontráis bien? —preguntó sin que hubiera respuesta alguna por parte de ella.

Erzais no podía apartar su mirada de la joven. Lentamente vinieron a su mente imágenes de personas con heridas similares y recordó que aquel tipo de quemaduras era frecuente en las sacerdotisas que iniciaban su aprendizaje en el Templo de Sevassar cuando aún no podían controlar su magia de forma correcta. Incluso en los dedos, había visto alguna que otra vez esa clase de heridas pero, desde luego, nunca con tan mal aspecto como el que presentaban las manos de aquella misteriosa joven.

—Nuestro sea Yain... —Erzais no salía de su asombro—. ¿Habéis abierto vos esta gruta con las manos? —Para entonces ya no esperaba que le respondiera—. ¿Acaso sois una hechicera de tal poder?

Como si no hubiera nadie más a su alrededor, la joven continuaba lloriqueando en voz baja. Erzais sentía la imperiosa necesidad de acercarse a ella y ver de cerca las heridas pero, con el simple ademán de moverse, la muchacha empezaba a temblar frenéticamente.

—No voy a haceros ningún daño, tenéis mi palabra... —le dijo él con voz dulce.

Obtuvo la misma respuesta que si le hubiera hablado a la pared. Erzais ya no sabía qué hacer o decirle a la joven, así que finalmente decidió sentarse junto a la hoguera. El calor que emanaba de ella era muy reconfortante. Se quitó los guantes y se frotó las manos frente al fuego.

—¿También esto es obra vuestra? —Erzais volvió la cabeza hacia la muchacha mientras señalaba las llamas azules y sonrió. Durante un momento sus ojos se encontraron, pero ella giró rápidamente el rostro—. Sois muy amable por compartir vuestro fuego conmigo. La tormenta me sorprendió en mitad de la noche. Perdí a mi caballo y estoy herido al igual que vos. —Le señaló sus manos—. Si me permitierais acercarme, os podría vendar y desinfectar esas quemaduras... —Erzais no supo cómo continuar la frase ya que en ese preciso momento recordó que Brezno, en su huida, se había llevado consigo los ungüentos desinfectantes y medicinas. «¡Estúpido animal cobarde!», pensó irritado.

El silencio reinó en la caverna durante varios minutos, tan sólo acompañado por el suave crepitar del fuego. Erzais se debatió todo este tiempo entre acercarse a la joven o permanecer donde estaba. La prudencia le había aconsejado esto último, ya que alguien capaz de derretir la roca con sus manos hasta crear un gruta de cinco varas de profundidad, podía hacerle cualquier cosa a él si la importunaba lo más mínimo y más aún estando desarmado. Debía ser cuidadoso para no asustarla o enfadarla pero, al mismo tiempo, no podía evitar sentir lástima al ver el lamentable estado en el que se encontraba. Al menos la joven había dejado de lloriquear, lo cual ya era un consuelo, pero seguía tiritando con fuerza.

—Ten, toma esto... —le dijo a la vez que extendía la capa de piel en el suelo—. Por este lado ya está seca.

La joven titubeó unos instantes antes de agarrar la capa con sus manos ensangrentadas y tirar de ella hacia sí. Cuando se la echó por encima Erzais pudo ver claramente sus ojos. Eran azules como la joya que llevaba en el cuello y brillaban con el reflejo del fuego y las lágrimas. Erzais la miró y sonrió de satisfacción al ver cómo al fin parecía reaccionar ante su presencia. No obstante, el miedo aún era visible en su rostro.

—Una tormenta tan terrible como ésta haría estremecer al guerrero más osado. —Erzais trataba de tranquilizarla—. Pero no hay nada que temer, mi señora. Los relámpagos cesaron hace ya rato y la lluvia no tardará en amainar. Aquí, bajo este techo, estaremos a salvo. No hay nada en el bosque que pueda hacernos daño...

La mujer lo miraba ahora fijamente. Él sintió que sus ojos azulados le atravesaban como una espada y un escalofrío le recorrió la espalda. Aquellos instantes se le hicieron eternos hasta que un sonido inesperado puso fin a la tensa situación. Erzais notó cómo su estómago rugía recordándole que no había comido prácticamente nada en todo el día.

—Aún queda bastante para que asome el alba, mi señora, pero si estáis la mitad de hambrienta que yo, de buena gana saldré a buscar algo de fruta. Quizás encuentre algún castaño cerca o tal vez moras...

Erzais no esperó a que la joven le diera ningún signo de aprobación. Se levantó como buenamente pudo, ya que la herida del muslo le seguía doliendo y la sintió sangrar bajo el cuero de sus pantalones. Sin hierbas medicinales, sólo podía aguantar el dolor y rezar para que no se le infectase. Cojeando se dirigió hacia la entrada a la cueva y, justo cuando se había armado de valor para volver a la lluvia, ella habló por primera vez.

—Quedaos conmigo —suplicó la joven de forma entrecortada—. No me dejéis sola. —Su voz sonaba frágil y quebradiza.

Erzais se volvió conmovido por la petición. El rostro que lo miraba desde el fondo de la cueva reflejaba un miedo atroz pero esta vez ella no retrocedió ni hizo ningún ademán de encogerse cuando él se acercó. Se situó tan cerca de ella que podría llegar a tocarla si alzara el brazo, incluso podía escuchar su respiración agitada. El joven dobló la rodilla ante ella y realizó una sencilla reverencia. Las siguientes palabras que pronunció salieron de su boca sin apenas meditarlas, no pudo retenerlas.

—Mi señora, sólo tenéis que decirme qué os aflige y haré cuanto esté en mi mano para ponerle fin. —Ella le escudriñó con la mirada. Titubeó unos instantes hasta que acercó su cabeza al rostro de Erzais y le susurró algo.

—Tengo miedo... —La joven temblaba bajo la capa de piel—. Miedo y frío. —Erzais se aproximó hasta sentarse junto a ella. No sabía si sería suficiente para tranquilizarla y darle calor, pero no se lo ocurrió nada más—. Bajo los árboles... las sombras me persiguen y rechazan mi presencia en el bosque... quieren hacerme daño pero yo no encuentro la salida...

Erzais no podía dar sentido a aquellas palabras. ¿Sombras? Él mismo llevaba casi cuatro meses inmerso en el bosque y no había visto nada que se asemejara a una sombra que se dedicara a perseguir a nadie. Sin embargo, el estado de pánico en el que se encontraba la joven le hizo cuestionarse si realmente podría haber algo acechando en la oscuridad. Algo más que lobos...

—Mi señora, no tenéis nada que temer. En la espesura del bosque no hay nada más que árboles.

—Todos ellos tienen voz... —le respondió ella—. Algunos incluso varían. Guardianes y testigos eternos que susurran con el viento. No se puede escapar de su mirada.

Erzais escuchó a la joven con atención. No entendía sus palabras pero la noche había sido lo suficientemente terrible como para que los miedos de cualquiera afloraran, y eso era lo que parecía haberle ocurrido a ella. No la juzgó por aquellos desvaríos sino que, al contrario, sintió lástima.

El baile de las llamas encandilaba los sentidos y Erzais se hubiera quedado dormido de no ser por el dolor que aún le azotaba el muslo. La sangre ya no brotaba; había desaparecido al igual que lo había hecho la lluvia en el exterior, pero el daño persistía. La joven se había acurrucado junto a él, con la cabeza apoyada sobre su hombro. No se había movido o hablado en mucho tiempo, por lo que Erzais creyó que había conseguido quedarse dormida. Tuvo cuidado de no moverse bruscamente para evitar despertarla, pero fue ella la que comenzó a deslizar sus manos bajo la piel de nutria hasta que alcanzó su pierna. El muchacho contuvo la respiración mientras sentía cómo algo húmedo le comprimía el muslo. Tal y como habían llegado, de forma furtiva, sus manos desaparecieron nuevamente bajo la capa. Erzais, asustado, bajó la vista para ver qué era lo que había hecho. Alrededor del muslo tenía atado un trozo de tela color esmeralda, un pedazo de su vestido. La sangre que manaba de las llagas de sus manos había salpicado el cuero de sus pantalones.

—No aliviará el dolor —dijo ella cuando lo sorprendió toqueteando su improvisado vendaje—, pero servirá para que la herida no empeore. Pronto sanará del todo...

A Erzais se le iluminaron los ojos y un sentimiento de compasión y gratitud inundó todo su ser.

—Vos estáis más gravemente herida, mi señora, permitidme ayudaros con vuestras manos.

Ella levantó las palmas hasta colocárselas delante de la cara. Tenía quemaduras terribles y aún supuraban sangre.

—Prefiero el dolor al miedo —dijo mientras miraba fijamente sus dedos carbonizados.

Erzais había esperado una contestación parecida, así que no perdió más tiempo tratando de razonar con la joven. Abrió el broche con forma de herradura que tenía alrededor del cuello, agarró la capa de lino negro que le colgaba aún de los hombros y se despojó de la prenda. Acto seguido fue arrancando irregulares y largos trozos de tela hasta convertirla en un montón de tiras de lino negro. Cogió una de ellas sabiendo que aún estaba

húmeda por la lluvia y la pasó suavemente por las manos de la joven. Ella ni siquiera pestañeó cuando la tela le arrancaba pequeños trozos de carne carbonizada de entre los dedos.

—Decidme, mi señora, ¿acaso se extravió vuestra escolta mientras viajabais por el Magasorhys? —preguntó Erzais sin dejar de limpiarle las quemaduras de las manos.

—¿Por qué me llamáis señora? —ella volvió la cabeza hasta clavar sus ojos en los del joven.

—Una plebeya no tendría una joya como la que vos lleváis al cuello. —Erzais levantó su dedo índice y apuntó hacia el zafiro—. Ni ropas tan caras, aunque ahora estén hechas jirones. De haberos encontrado un bandido en lugar de un cartógrafo ahora mismo estaríais desnuda sobre un charco de sangre... —El joven había querido hacer un comentario agradable, no pretendía ser tan brusco y temió haberla importunado.

—¿Cartógrafo? —De todo lo que había dicho, esto era lo único que parecía haberle llamado la atención.

—Viajo y dibujo mapas. —Por un momento Erzais tuvo la urgente necesidad de llevarse la mano al pecho y comprobar el estado en el que había quedado el pergamino. Su encuentro con aquella joven había hecho que se olvidara por completo de él, pero en su interior sabía que lo que iba a encontrar allí no iba a agradarle en absoluto, así que detuvo su mano a medio camino y continuó limpiándole las quemaduras con sumo cuidado—. Por eso estoy en el bosque... —continuó diciendo—. Hacía un mapa de él.

Ella parecía ausente, pensativa. Pasaron unos minutos hasta que volvió a mirarle a la cara.

—No creo que yo fuera ninguna señora —dijo—. Pero quizás sí que fuese una bandida... —La joven se apartó la capa de piel de nutria que la cubría y se puso en pie.

El fuego de la hoguera mágica ardió entonces con más fuerza que nunca. Cuando ella se dio la vuelta y se colocó de espaldas a Erzais, éste no pudo hacer otra cosa que contener un grito. Sobre la espalda desnuda de la joven, e incluso en peor estado que las manos, había una inmensa herida que le cruzaba desde el hombro derecho hasta la cintura del lado opuesto. Se trataba de tres profundos y horripilantes surcos que habían desgarrado salvajemente la carne de la chica. Parecía el zarpazo de un animal, pero ¿qué clase de animal tenía garras capaces de dejar semejantes marcas? Uno muy grande desde luego, gigantesco. La herida parecía reciente, puesto que la piel estaba levantada a su alrededor y en el interior de las grietas era visible

el rojo de la sangre. Erzais se preguntó si habría sido atacada en el Bosque de Magasorhys y cómo había podido sobrevivir aquella mujer a tal herida.

—Los dioses me guarden... —Ahora era Erzais el que temblaba sin control—. Mi señora, ¿qué os abrió semejante herida en la espalda?

Ella ignoró la pregunta, se llevó la mano sobre el hombro izquierdo y señaló. Erzais había estado tan sorprendido con la herida en forma de garra que no se había percatado de aquello. Tatuados con fuego y tinta negra, en el hombro izquierdo tenía escritos unos pequeños números.

—Un día lo vi reflejado sobre la superficie del agua mientras me bañaba en el río... **Quinientos diecisiete**. —Hizo una pausa para tomar un poco de aire—. Las señoras y las damas no llevan tatuajes... —Erzais no tuvo más remedio que negar tímidamente con la cabeza—. Cuando el dolor y la muerte recorrieron mi espalda desperté... —La joven se dio la vuelta y encaró a Erzais. Mientras hablaba sus ojos se fueron llenando lentamente de lágrimas—. Pero ya estaba en el bosque... No recuerdo nada más... No sé de dónde vengo, no sé qué hago aquí, no sé por qué puedo derretir la roca con las manos y crear fuego a placer... —La llama a su lado rugió—. Ni siquiera recuerdo mi nombre... —Finalmente se echó a llorar y volvió a sentarse junto al joven.

A Erzais toda esta situación le había sobrepasado. Esa misma tarde se encontraba en la cima del mundo, dibujando sin más problemas que el viento y la lluvia, y ahora estaba frente a una hechicera con las manos y la espalda destrozadas y que decía haber perdido la memoria. Y por supuesto, con aquellos números en el hombro...

—Yo... —Las palabras de Erzais temblaron en su garganta—. Yo no puedo responder a tales preguntas... —En ese momento ella apoyó su cabeza sobre el hombro del joven. Extrañamente, él se sintió reconfortado—. Pero si habéis abierto esta cueva en la dura roca y mantenéis vivo este fuego con vuestra simple voluntad, sin duda sois una hechicera formidable.

—Una hechicera sin nombre... —respondió ella.

Con la mano temblorosa, Erzais acarició el cabello de la joven.

—Cuando os atacó la bestia que abrió esa herida en vuestra espalda, seguro que sufristeis una terrible impresión. Quizás por eso creéis que despertasteis en el bosque... —Erzais no podía darle otra explicación a todo aquello—. Los recuerdos volverán, os lo prometo. —Esas palabras parecieron tranquilizarla y el muchacho pasó el resto de la noche vendando las manos y la espalda de la joven. Para cuando hubo terminado, el alba ya despuntaba ligeramente al otro lado de la entrada a la cueva—. Dormid cuanto queráis, ya no estáis sola —le dijo entonces.

Con la piel de nutria por encima, la joven se tumbó en el suelo apoyando la cabeza sobre la pierna sana de Erzais. Él no pudo controlar su deseo y comenzó a acariciarle el suave cabello pelirrojo. Aquello parecía calmar a la ‘hechicera sin nombre’. Conforme se fue quedando dormida, la hoguera se hacía más y más pequeña y, cuando desapareció del todo, el cartógrafo se armó de valor y sacó el mapa del bolsillo de su jubón, con cuidado de no despertarla. Sintió el papel pastoso entre los dedos pero, por fortuna, no estaba tan deteriorado como él había creído. La tinta y los pigmentos de cera no se habían corrido pese a lo recientes que estaban y lo mojado del pliego. Si tenía cuidado con él, aguantaría hasta que llegara a Paelang y entonces podría copiar el mapa de nuevo sobre otro pergamino. Lo volvió a guardar en el jubón y pensó en todas aquellas ruinas, montañas y lagos que había descubierto y dado nombre en el antiguo derio durante los últimos meses. Quiso dormirse con aquel agradable pensamiento, pero su mente no paraba de darle vueltas a todo.

—Quinientos diecisiete—se oyó murmurar él mismo. Apoyó la cabeza contra la pared rocosa de su espalda—. *Nym nem mahi*—repitió en derio. Poco a poco los párpados se le fueron cerrando conforme el cansancio y el sueño hacían presa de él. Pensó en la herida de la joven y sintió cierta inquietud cuando su vista alcanzó a ver por última vez la frondosidad del Magasorhys al otro lado de la cueva—. *Nym nem mahi...*

La joven se estremeció en sueños. Era muy hermosa.

—Ninema...—susurró por fin antes de caer dormido junto a ella.